



CAPÍTULO XX

SUMARIO

665. Inquebrantable fe y ardiente amor de los españoles de la Edad Media para con la augusta Eucaristía.

665. Dejaré en el olvido los esfuerzos del pueblo ibero por arrancar la maldita secta priscilianista, corifea de los posteriores sacramentarios; ni añadiré cosa alguna á lo insinuado ya, respecto de los Concilios celebrados en Lugo, Tarragona, Braga y Toledo con objeto de condenar tan perniciosa doctrina; ni bosquejaré las disposiciones de los reyes godos acerca del culto eucarístico; ni menos, finalmente, repetiré algo de la sólida fe de nuestros ascendientes durante aquella visigótica monarquía, tan robusta y varonil en un principio, pero tan muelle é impotente en sus últimos años. Después de la horrible tragedia del Guadalete, de infausta memoria, una nueva época, digna de estudio se presenta á nuestra consideración, y éste es el punto capital de nuestras observaciones en el presente capítulo.

«Leyendo imparcialmente nuestra historia, ha dicho un

eminente Prelado español de nuestros días (1), á nadie puede ocultarse que la lucha secular y titánica de la reconquista fué sostenida y coronada de feliz éxito por la virtud y atracción sobrenaturales del Sacramento Eucarístico.» En efecto: cuando las consoladoras creencias católicas no se han separado todavía de una sociedad; cuando, por el contrario, ésta procura arraigarlas más y más en las fibras de su corazón, mediante repetidos actos teológicos de fe, esperanza y amor social; cuando, efecto de su misma cristiana convicción, prorrumpe en prácticas saludables de humilde reconocimiento hacia su Dios y Rey soberano; entonces un pueblo florece, prospera, se encumbra, subyuga y domina, sin haber rémora que le impida llevar adelante los justos planes que trazara ante los augustos pies de la Majestad excelsa. Esto experimentó ciertamente nuestra querida Iberia en momentos más venturosos que ahora; en días felices, en que sus pactos, sus juramentos, sus leyes y sus batallas se concebían y ejecutaban al ardiente calor de Cristo Sacramentado. Pues ¿qué indican esos cuatro celebérrimos pactos de Pelayo, Zamora, Aragón y Provincias Vascas? Formado el primero en Covadonga (716) y producido por el Catolicismo entusiasta de Galicia y Asturias, manda se tenga al Sacramento Santísimo la veneración debida. Los guerreros de estos dos reinos, que debían ser los primeros en prestar á la augusta Eucaristía el honor que se merece, eran impelidos por ese mismo *Pacto* á asistir al tremendo Sacrificio y recibir la Comunión antes de entrar en las batallas. El de Zamora toma la misa gótica por base de la Religión y del reino; y ante la divina Hostia, expuesta en el Sacrificio del altar, se recita el Símbolo de la fe, introducido por el arzobispo S. Leandro. El Pacto del pueblo aragonés ordenaba que antes de ser consagrado el monarca respectivo, se celebrase la santa misa, en la cual el rey debía comulgar, y emitir ante Cristo Sacramentado el juramento de que guardaría los derechos, prerrogativas y libertades

(1) El Emmo. Sr. Sancha, en su pastoral, dada á sus feligreses de Valencia, 8 Abril 1893.

del reino, ya que de otra manera era nula la elección. Los diputados del pueblo vasco concurren al Sacrificio, celebrado sobre el altar portátil, colocado bajo las frescas sombras del árbol guernicano, para poder emitir el juramento de fidelidad á las leyes del señorío; toda España, como un solo hombre, se agolpaba ante los altares eucarísticos para afianzar su fe, redoblar su entusiasmo y hacer testigo y garante á la Divina Hostia de sus firmes resoluciones.

Pero, semejantes demostraciones de respeto y amor no reconocían otros principios que la arraigada fe en nuestros cristianos de la Edad Media, virtud que en grado heroico abrigaban para con la Majestad Eucarística, y que se derramaba en las sublimes obras que hemos mencionado. Por eso no es de extrañar que la gloria que esperaban obtener en sus esfuerzos titánicos contra sus enemigos, la cifrasen toda en el Señor Sacramentado. Éste era su norte, su baluarte, su fortaleza y su victoria; ante el Dios de la Eucaristía cobraban ánimo los soldados cristianos, se arrojaban contra sus adversarios, segaban sus cabezas y enarbolaban al final de la batalla el trofeo de la cruz, insignia del más santo orgullo de un soldado católico. Cuando el Pan de los ángeles constituía la salvaguardia de los que por su honor combatían, tremebundas las huestes musulmicas ante el León de Judá, perdían toda esperanza, se acobardaban, y por más que contasen con triplicadas fuerzas, empero ni la razón, ni la fe, ni el heroísmo estaba de su parte, ya que de su parte no estaba el Dios del Sacramento, que á los suyos otorgaba ese heroísmo, esa fe y esa justicia que reclamaba la causa católica.

Aquel puñado de valientes cristianos que, después de la triste acción del Guadalete, se había refugiado en las escarpadas rocas de Vizcaya, en las cuevas de los montes de Asturias y entre los riscos y jarales del Pirineo, viendo su honor hollado y su Religión oprimida y despreciada por el zancarrón mahomético, colocan su única defensa en Cristo Sacramentado que les acompaña en sus desventuras, y, eligiendo por caudillo al valeroso godo D. Pelayo, determi-

nan hacer frente á las huestes musulmicas que por doquiera invadían la Península. Y éste es el primero y grande efecto de aquella sólida fe y religioso entusiasmo de nuestros ascendientes. En Covadonga se dispone lo necesario para la celebración del Santo Sacrificio; comulgan los nuevos soldados, y, fortalecidos con el Pan del Cielo, esperan animosos á Alkamak que es derrotado con los suyos, no sin haber el cielo obrado un milagro á favor de los creyentes. Los vencedores toman vigoroso aliento; salen de aquellos inaccesibles montes, y cada paso que avanzan es una completa victoria; el terreno, antes cristiano y ahora dominado por los árabes, es conquistado palmo á palmo. Empuña el cetro Alfonso I el Católico y el ejército ortodoxo aumenta. Lugo, Orense y Tuy, varias plazas lusitanas y muchas otras de Castilla la Vieja caen en su poder. En medio de tantas acciones militares, que apenas daban tregua para respirar, Alfonso edifica y reconstruye iglesias, las dota de suficientes sacerdotes y dispone con ferviente celo muchas de las cosas necesarias para el culto del Sacramento Santísimo. En tiempo de Fruela, un humilde monje desbroza un terreno cubierto de malezas, para edificar una ermita; en ésta se distribuyen los santos sacramentos y el pasto de la doctrina evangélica á los fieles montañeses que allí acuden, ávidos de las cosas del cielo. Por este solo fin construyen en derredor del exiguo templo, numerosas viviendas, roturan terrenos, hermosean paulatinamente los antiguos, y aquella humilde aldea se convierte progresivamente en corte de los reyes de Asturias. Oviedo, que así se denomina, puede admirar primero la pequeña ermita, luego una iglesia mayor y por último la episcopal basílica que poco á poco fué levantando la magnanimidad de los reyes cristianos. No menos católico, ni menos celoso de la Eucaristía, se portó Alfonso II el Casto, hijo de Fruela. Vence, y por cada victoriosa batalla erige templos al Dios de la Hostia. Compostela pudo admirar la hermosa basílica que mandó levantar para honroso sepulcro del apóstol Santiago. Los reyes que sucedieron á este celoso Príncipe no fueron menos fervoro-

sos. En tiempo de Ordoño I se da la memorable batalla de Clavijo, ganada por los cristianos, merced sin duda, al Dios de la Eucaristía, que momentos antes de la refriega se albergó devotamente en los pechos de los valerosos militares. Sucédele Alfonso III el Grande, y su empeño consiste en rechazar los musulmanes, fabricar iglesias y dotarlas de cuantiosas riquezas. El templo compostelano, erigido por Alfonso II, se transforma en soberbia basílica, debido á los esfuerzos de Alfonso III. Un acontecimiento eucarístico tuvo lugar en el reinado de este real caudillo. Se deseaba que los cuerpos de los santos mártires Eulogio y Leocricia, que guardaban los mozárabes de Córdoba, fuesen trasladados á Oviedo. Al efecto, un presbítero, Dulcidio de Toledo, desechando todo fundado temor, se encamina hacia la capital del imperio Omniada, donde traba amistad con Mahomed, que, á pesar de ser terrible perseguidor de cristianos, accede á la petición del sacerdote, quien conduce alegre las reliquias de aquellos mártires á la corte de Asturias.

Y puesto que hemos hablado de un emir, verdadero azote del Cristianismo, no estará de más que profiramos dos palabras de la suerte que cupo á los fieles de Jesucristo durante la dominación de los hijos del Islam. Dos años después de la dominación sarracena, Teodomiro, rey de los hispanogodos en el Este de la Península, pudo recabar de Abdelaziz, hijo de Muza, un tratado de paz por el que éste se comprometía á no perseguir á los católicos, ni á impedirles el culto divino. Empero la situación de éstos era siempre angustiosa, ya que dependían en todo caso de los tiranos; y aunque hubo algunos que, á imitación de los emperadores romanos, calmaban la persecución, y otros, como Ayub y Abderraman, que permitían francamente la celebración del culto católico, no obstante lo más general fué una continua vejación del nombre cristiano, porque si en ocasiones los emires mandaban respetar á los católicos, los cadíes de los pueblos oprimíanles con exceso, de suerte que era necesario nueva orden del califa para que les dejaran vivir en paz. Cuando tenía lugar semejante calma, los sacerdotes se presentaban en

público con hábitos talarés y la barba rapada; las vírgenes y los monjes eran respetados, y los Obispos gobernaban sin trabas sus dilatadas diócesis. Todo lo contrario acontecía en las épocas turbulentas de persecución; los templos eran derribados, los sacerdotes y los monjes atropellados, las vírgenes violadas y los cristianos que se atrevían publicar ó defender su fe contra el nefando Mahoma, eran cruelmente martirizados. Córdoba, Valencia y otras ciudades experimentaron en casos semejantes la fanática cimitarra de los musulimes. Mas poco á poco fué adquiriendo preponderancia el Cristianismo, merced al intrépido celo de sus leales príncipes, que se lanzaron contra aquéllos, logrando por fin los reyes Fernando é Isabel confinarles para siempre.

Volvamos á nuestro asunto, interrumpido por esta pequeña digresión. En medio de las luchas titánicas que los reyes de León, Ordoño II y Alfonso V, emprendían contra los árabes, no descuidaban de erigir, reconstruir y dotar iglesias para el culto de la Santísima Eucaristía. Fernando I de Castilla reúne el Concilio de Coyanza y obtiene saludables disposiciones en pro del culto del Sacramento. Pero, ¿será posible que continuemos, sin ser molestos, los trabajos, las fatigas y el celo eucarístico de cada uno de los reyes de León, de Castilla, de Galicia, de Aragón, de Navarra y de los condes de Barcelona? Todas las conquistas cristianas se premeditaban á los pies del Tabernáculo santo, y la luz que este foco divino emitía, irradiaba en las inteligencias de los príncipes y caudillos católicos, y el fuego de amor que de la Hostia preciosa dimanaba, atravesaba vigorosamente aquellos pechos militares, dejándolos abrasados en caridad ardiente que les conducía á las lides deseadas. Y no se diga que también hubo reyes malvados; es verdad que tuvieron grandes debilidades, pero también es cierto que jamás abandonaron la fe del Salvador.

Si las conquistas referidas se preparaban ante el sagrario, el ejército cifraba su esperanza en Jesús Sacramentado. Díganlo si no esas magníficas carrozas y esbeltos cofres en

los que solemne y reverentemente se conducía al Sacramento Santísimo, para que en todos momentos sirviera de seguro norte y poderoso baluarte al ejército cristiano. Y contando con tan poderoso Señor, emprenden valerosos esas interminables conquistas, además de los reyes citados, Ordoño II, Ramiro II y Alfonso V de León; los Alfonsos VI, VII y VIII de Castilla; el Cid Campeador, S. Fernando, Sancho IV y Alfonso XI de Castilla; Pedro I, Jaime el Conquistador y D. Fernando de Aragón; y el primero gana la batalla de S. Esteban de Gormaz, y Ramiro II la de Simancas contra Abderrahaman III; Alfonso V se dispone contra el osado Almanzor y le vence en Calatañazor; los Alfonsos VI y VII, luchan sin tregua ni descanso, y toman unas, y recobran otras ciudades que estaban en poder de los musulmanes; mas Alfonso VIII, auxiliado de otros guerreros príncipes, hace frente al ejército árabe en las Navas de Tolosa y le reduce al exterminio, precisamente por haberse dispuesto sus soldados con la divina Eucaristía.

El Cid, que en las regiones valencianas pelea por su cuenta, hace mil destrozos á los moros; S. Fernando les desbarata, toma á Córdoba, Sevilla y Jaén, y consagra todos sus dominios al Sacramento; Sancho IV se apodera de Tarifa, y Alfonso XI les bate y vence en Abdeilmelic y el Salado; Pedro I de Aragón les rinde en Alcaraz; Jaime el Conquistador les obliga á desalojar Valencia, Menorca é Ibiza; y, comprendiendo que su victoria contra los moros de la ciudad valentina la debía á Cristo sacramentado, ordena levantar á su honor dos mil iglesias. Finalmente, Fernando de Aragón conquista á Granada y expulsa para siempre de España á los fanáticos mahometanos.

Por cada victoria se erige un monumento á la Eucaristía; por cada conquista son fabricados docenas de templos en honor del Dios de la Hostia. (*Fotograbado 81.*) Todo fué obrado á impulsos del amor á Cristo Sacramentado, quien, para exictar la fe y el fervor de los soldados cristianos, y para dejar perpetuos recuerdos de aquellas batallas y conquistas, enteramente eucarísticas, obra milagros sin cuento me-



Fotograbado 81.

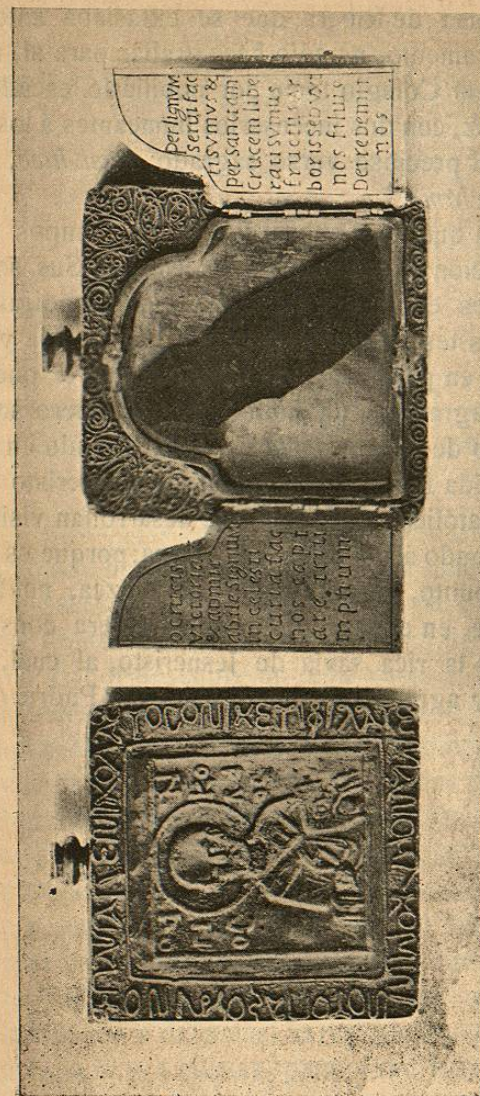
Catedral de Braga—Estilo romano-gótico sencillo—Siglo XII.

diante las Sagradas Hostias. Y los hombres creen y los pueblos confiesan y España entera adora el inefable Misterio del altar, que por los siglos quedará hondamente arraigado en la creencia sólida del reino hispano, á pesar del vendaval masónico, soplado por las furias del averno. No quiero repetir semejantes prodigios, puesto que han quedado suficientemente indicados en el cuerpo de esta historia. Algunas ciudades conservan todavía el carro eucarístico empleado en las cruzadas españolas. Daroca tiene el honor de guardar en sagrado depósito el que legó D. Jaime el Conquistador, y que usaba en sus guerreras y religiosas expediciones.

Añádase á todo esto la creación y esfuerzos de las cuatro órdenes religioso-militares españolas, consagradas únicamente á favorecer y auxiliar los ejércitos cristianos contra los despóticos árabes, y formadas al calor de Cristo Sacramentado, cuyo Divino Cuerpo y Sangre custodiaban perpetuamente en sus iglesias, y se comprenderá una vez más que la Reconquista española obedeció, más que á la astucia y valor militares, más que á la casualidad y al patriotismo, á la inquebrantable fe en la Eucaristía, centro del culto y de las grandezas del Catolicismo, y al ardiente amor á la Religión, cuyas miradas, cuyas atenciones, cuyo bello y único ideal es el Sacramento Santísimo, base del amor espiritual de los pueblos y medio de subsistencia de los mismos.

No son los prelados y las iglesias únicamente los que, para enaltecimiento de este adorable Misterio, hacen grabar como escudo de armas particulares á la Hostia santa, ó al sagrado Cáliz; son los pueblos, son sus ayuntamientos, los que por divisa adoptan los símbolos eucarísticos; y el reino de Galicia, que está convencido que su más preciado timbre es la Santa Eucaristía, toma por escudo de armas la Hostia y el Cáliz ó la Custodia cuadrangular, terminada en cruz, rodeada de seis cruces doradas, sobre el famoso lema: *Hoc mysterium fidei firmiter profiteamur*. Y la ciudad mindoniense (1), que se afana por dar á conocer su amor á

(1) Mondoñedo.



Fotografado 82. (*)

Lignum Crucis que, según fundada tradición, perteneció al Emperador de Oriente Manuel Commeno, † 1180.—El Marqués de Estepa lo donó á las RR. Madres Clarisas de esta misma ciudad, quienes lo conservan hasta el día.

Jesucristo Sacramentado, adopta asimismo el Cáliz y la Hostia, insignias bellísimas que ostentaba en otro tiempo la bandera de su extinguido batallón provincial. Y el insigne y santo arzobispo Juan de Ribera, que se extasiaba ante la presencia del Sacramento, no sólo hace grabar para sí, mas resuelve que su real Colegio tome por nobiliario escudo á la Hostia y el Cáliz, con dos incensarios humeantes á los lados, rodeándolo el precioso verso sagrado: *Post hæc, fili mi, ultra quid faciam?*

España, nuestra querida España, fué en los tiempos que recorremos, la nación eucarística por excelencia. Sus soberanos y subalternos en la autoridad civil, sus códigos y constituciones, sus tesoros de todo género, su ciencia y su arte: todo, y muy en particular, lo que constituye el pueblo español, era consagrado de un modo peregrino, pero sublime, al Sacramento de nuestros altares. ¡Ah! Cuando en una nación es reconocida la soberanía social de Jesucristo Sacramentado, sus católicos ciudadanos se desarrollan visiblemente junto al fecundo árbol de la vida eterna; porque es imposible de todo punto, que un pueblo no crezca, no adelante, no prospere, en el aspecto que se le quiera considerar, si se nutre de la rica savia de Jesucristo, al cual, como hijo honrado y agradecido, quiere tener por Padre. (*Fotograbado 82*).



CAPÍTULO XXI

SUMARIO

Participación extraordinaria de la Santa Eucaristía con motivo de las peregrinaciones á—**666**. Jerusalén.—**667**. Roma.—**668**. Y Compostela.

No son hechos aislados: son una interminable serie de sucesos de todos los tiempos de la Iglesia, principalmente de los tiempos medioevales, en presencia de los que el historiador descubre un tema vasto y magnífico con que poder formar un capítulo de su Obra. Consiste en la participación solemne, pública y extraordinaria de la Eucaristía con motivo de las piadosas jornadas á los lugares más santos de nuestra Religión Católica. Que el Sacramento del Altar haya sido percibido en los templos, á las horas y tiempos señalados, constituye una práctica ordinaria y común que ya hemos estudiado; pero el que sea percibido repetidas veces por innumerables personas con motivo y para el buen éxito de una idea grande, que haya formado época en la historia y de la cual hayan resultado ventajas sin cuento para la fe y la ciencia, para el individuo y la sociedad, es lo que vamos á estudiar en el presente capítulo.

Para mejor claridad del asunto, precisa que dividamos las trabajosas peregrinaciones cristianas en tres clases, á saber: *Peregrinaciones de piedad*, efectuadas únicamente por honrar los lugares santos de nuestra Religión, alcanzar